

HACIA seis meses que habia pasado de la clase de antigüedades á la de copia del natural, que era entonces el más alto grado de enseñanza que ofrecia la Academia de Amberes; un año mas, y mis estudios artísticos quedaban terminados.

Poco á poco se despertó en mí un deseo imperioso de ensayar en la soledad de mi cuarto, mi talento creador: cien veces ya, habia modelado en tierra, las inspiraciones de mi fantasía: mas esto era solo un trabajo inútil, destinado á ser sustituido por el modelo de otras figuras.

Anhelaba yo hacer una obra seria, llevada á cabo despacio, y aplicando á ella todas las fuerzas de mi inteligencia, y con la perfeccion que mis estudios me permitian darla.

Rosa habia aceptado en otro tiempo con amor, la obra de un pobre niño, encendiendo así en su corazon el fuego sagrado del amor á las artes.

Ahora el niño era un escultor y estaba confiado en su fuerza lo bastante para llevar á cabo una creacion espontánea.

¿A quién podrá ser dedicada la primera obra del artista, sino á la que era la causa única, y el origen de su existencia intelectual, de su génio y de sus esperanzas?

¡Cuánto me sonreía este pensamiento! cegábame hasta el punto de que, aunque mis estudios fuesen incompletos, no dudaba de que iba á conseguir formar una obra maestra, y aunque las formas no estuviesen mas que confusamente dibujadas en mi cerebro, la amaba y la admiraba de antemano, con una pasion extraordinaria y una fé profunda.

Rosa debía volver dentro de dos meses; yo no podia terminar mi obra en tan poco tiempo; pero su cumpleaños, era al fin del mes de Enero.

Era una ocasion apropósito para presentarle el primer fruto de mis trabajos y podria tener bastante tiempo para realizar mi proyecto con el mas minucioso cuidado; no queria decir nada á nadie, ni aun á Mr. Pavelyn: la alegría de mis bienhechores, sería tanto mayor, si me era dado sorprenderles con una bella obra de arte bien ejecutada.

Despues de pensar y de reflexionar durante mucho tiempo, despues de haber examinado con atencion muchos proyectos, y haber modelado otros tantos, me decidí, en fin, por un grupo que debia representar *La Proteccion*, y conseguí, no sin un largo estudio, fijarme en una composicion definitiva: sobre un zócalo, habia un niño arrodillado y con la cabeza inclinada en la postura de una criatura humilde que pide y necesita socorro; su brazo se apoyaba sobre un cordero dormido, y un cayado de pastoreillo, se hallaba á sus piés.

Al lado del niño y en una actitud grave se veia una niña cuya mano derecha se hallaba apoyada, como signo de proteccion, sobre la cabeza de su compañero, en tanto que la izquierda se extendia en el espacio como si dijese:

—Ten valor! allá abajo resplandece la estrella de tu porvenir!

Estaba yo dominado por los recuerdos de mi infancia y por las imágenes que á cada paso evocaban mis ojos, y esto me impedia, por mucho que me empeñase en ello, el seguir las reglas clásicas de la escuela: mis figuras no eran

ni bastante llenas, ni bastante altas: habia en sus proporciones una delgadez, una especie de realismo de formas que se separaba de la belleza griega, pero que se aproximaba á las formas mas inmateriales y mas poéticas del antiguo arte cristiano, al cual se ha dado sin razon el título de *arte gótico*.

A medida que mi obra avanzaba, y que las cabezas de las estatuas que acabé desde luego, tomaron su expresion verdadera, empecé á sentir tanto amor por mi creacion que me estaba algunas veces horas enteras en mi solitaria habitacion, inmóvil, con el cincel en la mano y teniendo fijos los ojos con enajenamiento en el rostro de mi jóven protectora.

Parecíame que mi estatua vivia, que me hablaba y que tenia una alma que se comunicaba con la mia.

Semejante locura os hace sonreír, ¿no es verdad, caballero? en efecto, vos debéis saber que el espíritu del artista se eleva algunas veces tan léjos que franquea los límites de la realidad, y se pierde en las tinieblas de la aberracion; pero debéis comprender tambien fácilmente, lo que me encadenaba al pié de mi obra: habia en la sonrisa que radiaba en el semblante de la niña y que se dirigia á su protegido, alguna cosa tan tierna y tan profundamente simpática, que yo mismo temblaba al contemplarla: y no obstante, aquella sonrisa tenia la misma expresion que habia iluminado el semblante de Rosa cuando estrechó por la primera vez la mano del pobre mudo en la humilde casa de los aldeanos.

Es preciso añadir que las facciones de mi estatua eran las de la angélica y delicada figura que se habia grabado para siempre en mi corazón: ¡oh! los años habrian sin duda cambiado á Rosa! ya no la veria jamás tal como estaba presente á los ojos de mi espíritu! pero mi estatua á lo menos, mi querida creacion, la haria revivir á mis ojos, ingénua y delicada, dulce y encantadora, como la cariñosa amiga del pobre y pequeño Leon!

XIII

EL 3 de Setiembre de 1811, hácia las cuatro de la tarde trabajaba yo con afán en un grupo, cuando llamaron á la puerta de mi cuarto: un criado entró, y me dió la inesperada noticia de la llegada de la señorita Pavelyn, añadiendo, que deseaba verme al instante.

Contuve mi emociion en presencia del criado, pero apenas hubo desaparecido, me puse á saltar en mi cuarto, levantando las manos al cielo y haciendo como un niño mil extremos de alegría. ¡Rosa habia vuelto! ¡Después de tan larga ausencia iba á verla al fin! Dentro de algunos minutos iba á hallarme en su presencia! Esta vez no era yo el juguete de una mala esperanza ó de una ilusion; estaba en frente de la dichosa realidad.

Vestime de prisa, con mi mas elegante traje, y puse en mi atavío todos los cuidados imaginables; me parecia tan poco político el hacer esperar á Rosa, como el presentarme á ella de un modo poco conveniente; sin embargo, gasté bastante tiempo en vestirme, porque deseaba presentarme á su vista con todas las ventajas posibles: este deseo se justificaba plenamente á mis ojos, pensando en que era un día solemne, y en que Mr. Pavelyn tan cuidadoso del exterior, podria herirse si me presentaba en su casa con

un traje descuidado; sin embargo, el principal motivo de mi coquetería era el deseo de adquirir la aprobacion de Rosa desde el instante que me viese.

Cuando al cabo de media hora, atravesé las calles de la ciudad en traje de ceremonia para ir á casa de Mr. Pavelyn, empujábame la impaciencia y deseaba echar á correr, pero me contuve y procuré por el contrario andar despacio.

El sentimiento de las consecuencias, se habia despertado en mí, y me ponía en guardia contra mi propia agitacion; decíame que no era la pequeña Rosa, sino la hija de mis bienhechores la señorita Pavelyn, la que iba á encontrar; me llamaba á la reserva, al respeto, á la conciencia exacta de mi humilde posicion; me acordaba de los consejos de mi madre, y resolví moderar mi alegría y tratar á Rosa con una política tranquila hasta que ella misma, por la amabilidad de su acogida, me diese el derecho de esplayar libremente la alegría que su feliz llegada hacia desbordar de mi corazon.

Cuando estuve cerca de la casa de Mr. Pavelyn, mi corazon palpitaba silenciosamente y la impaciencia y la incertidumbre cubrian mi frente de un sudor frio.

Un criado me esperaba, y me precedió al salon; halléme de súbito en presencia de Rosa, que dió un paso hácia mí, se detuvo sorprendida, y exclamó á manera de saludo:

—Señor Leon, qué alto os habeis hecho! casi no os conocia!

Señorita, balbucé con una voz apenas perceptible, doy gracias á Dios, desde el fondo de mi corazon, por haber permitido que volvais sana y salva á casa de vuestros padres.

Permaneciamos uno frente á otro, mirándonos, yo con las mejillas pálidas y los ojos extraviados: ella con una noble libertad de espíritu y sin otra señal de emocion que una ligera sonrisa que solo expresaba cierto asombro, causado por el cambio de mi estatura y de mis facciones.

¿Era aquella mi Rosa, la ángelica niña, cuya dulce amistad habia en otro tiempo vertido la luz y la esperanza en las tinieblas de mi mütismo? ¿Era aquella la amiga de mi infancia, de cuya mano aun sentia la tierna presión, cuya vocesita argentina cantaba aun á mi oido, de quien los ojos azules radiaban al acercarme á ella con el dulce brillo de una fraternal ternura?—Aquella jóven tan alta ya como su madre, vestida con lujo, de un porte tan magestuoso y de una belleza perfecta, á quien despues de la primera mirada ya no me atrevia á contemplar, tenia algo que ver con la tierna compañera de mi infancia?

A mi turbacion se mezclaba un sentimiento de pesar y de amargura: yo no me habia engañado: la Rosa que vivia en mis recuerdos ya no existia: la dulce ilusion de mi alma se habia desvanecido para siempre!

Mr. y Mme. Pavelyn, que atribuian mi inmovilidad á la admiracion que me causaba el cambio de su hija, se divertian con mi embarazo y me dirijian algunas chanzas amistosas.

—Señor Leon, dijo Rosa, apenas puedo dominar mi asombro! cuando yo dejé á Amberes la última vez, erais aun un niño! y ahora sois ya un hombre! Venid, sentémonos y contadme algo de vuestra vida durante mi ausencia. ¿Estais contento? ¿Os vá bien?

Acepté el asiento que me ofrecia: su voz era tan dulce como en otro tiempo; pero habia en su lenguaje un tono de ligereza, de autoridad y de proteccion, que comparándolo con mi profunda conmocion me pareció una muestra de indiferencia: su frialdad me trajo á la conciencia de mi situacion; respondí á sus preguntas con reserva y respeto, y algunas veces con un calor mal contenido, sobre todo, cuando hallaba ocasion de expresarle mi reconocimiento y de recordarle que le debia la dicha de mi vida: que si alguna vez podia alcanzar algun éxito en la carrera de las artes, adquirir algun nombre, y honrar mi patria, no olvi-

daria que su generosa bondad habia decidido de mi suerte en este mundo.

La señorita Pavelyn parecia escuchar con placer no solo los testimonios de mi gratitud sino todo lo que yo le decia: me fué preciso hablarla de mis estudios en la Academia, de los libros que habia leído y de los conocimientos de los cuales yo habia adquirido por mí mismo los principios.

Se mostró francamente satisfecha de los progresos de mi instruccion, y me felicitó por la pureza y la elegancia con que hablaba el idioma francés: segun su opinion, podia yo presentarme ya en los salones con la seguridad de no hacer un mal papel, en todo lo concerniente á los modales y al talento.

Su voz y sus palabras, tenian siempre aquel tono protector, que me lastimaba tanto, y que me hacia ver cuán grande era la distancia que el tiempo habia puesto entre ella y yo: la que me preguntaba, era Mlle. Pavelyn, la hija, la heredera de uno de los mas ricos negociantes de Amberes: el que respondia humildemente, era el pobre hijo de los aldeanos, á quien la generosidad de sus padres, habia dado un poco de educacion y algunas probabilidades de éxito para el porvenir: no podia ser otra cosa, y yo lo sabia demasiado: no obstante, esta certeza, me arrancaba mi ilusion mas querida; y este brusco desencanto habia hecho en mi corazon una herida sangrienta.

Así pues, todo lo que yo decia, llevaba el sello de una tristeza resignada, y habia en todas mis palabras una suerte de melancolía dolorosa, que fué notada por Mlle. Pavelyn, pero que resistió á todos los medios que buscó para alentarme.

Cesó ella al fin en su interrogatorio, y empezó á su vez á hacerme la relacion de su estancia, en el hermoso país de los olivos: me describió aquellas comarcas con tanta admiracion, y me habló con tanto sentimiento de la ma-

ravillosa naturaleza del Mediodía, que me hizo ver con ella, por decirlo así, las costas floridas de aquella mar tranquila y azulada.

Entonces olvidé un poco mi tristeza, para escuchar sus palabras encantadoras: una alegría extrema, inundó mi corazon, cuando sin duda por bondad, me recordó las diversiones de nuestra dichosa infancia, el hermoso jardin, las mariposas, el puente del estanque, y las figuritas de madera, que yo hacia, y que ella recibia con tan vivo placer: abismábame yo, con olvido completo del presente, en aquel recuerdo del tiempo pasado, y me parecia que el rostro angelical de la pequeña Rosa, me sonreia aun bajo las facciones mas serias de la señorita Pavelyn: era aquella su voz argentina, mas sonora, mas rica en inflexiones, pero que me parecia siempre tierna y cariñosa: una nueva esperanza, queria levantarse otra vez en mi corazon: ¡quizá me habia yo engañado! quizá la pequeña Rosa, aquel sueño de mi alma, se me aparecia velada bajo una forma mas perfecta!

Este pensamiento consolador, fué muy pronto sofocado en mi corazon con la llegada de dos señoras: era una madre y su hija, que habiendo sabido la llegada de Mme. Pavelyn, se apresuraban á ir á saludarla.

Me levanté y por respeto me retiré un poco detrás: despues de haber saludado á Rosa y á su madre, las dos señoras me saludaron tambien con un afecto particular: habia tanta cordialidad en su sonria que evidentemente se engañaban acerca de quien yo era y de mis relaciones con Mme. Pavelyn: en tanto que Rosa hablaba de su estancia en Marsella para satisfacer la curiosidad de sus amigas, éstas me consideraban con un interés visible: la de mas edad, sobre todo, no dejaba de mirarme y de vez en cuando me dirijia la palabra para preguntarme mi opinion acerca de lo que se decia; parecia sentir hácia mí una viva simpatía y hasta cierto respeto, porque cualquiera pa-

labra que pronunciase le hacia inclinar la cabeza con muestras de una viva aprobacion.

Al fin, manifestó claramente su deseo de saber quien era yo.

—Monsieur Wolvenaer, artista modelo, dijo Rosa.

—¿Afiicionado? preguntó asombrada.

—No: un verdadero artista que ha dado por objeto de su vida el trabajo para gloria de su patria.

La anciana señora se encogió de hombros y dijo con asombro mezclado de pesar:

—Me he engañado: pensaba que este caballero era primo nuestro.

La hija exclamó con una sonrisa ligeramente burlona:

—¡Ah! ¿este caballero es artista? no lo parece; pero cuántos artistas hay ahora en Amberes, santo Dios! antes de anoche en la reunion de casa de Mr. Decok conté cinco ó seis!

—Mlle. Pavelyn se apercibió del mal efecto que hacian en mi oído las palabras de sus amigas, porque respondió con intencion:

—Eso prueba que el buen gusto y el amor á las artes se extienden cada dia en las altas clases de nuestra sociedad: nada hay que ennoblezca tanto al comercio como la proteccion que presta á los artistas.

—Excusadnos, mi querida niña, dijo la madre; pero yo creo que comprendéis mal el objeto de nuestras observaciones: lo que mi hija quiere decir, es todo en alabanza de este caballero: si todos los artistas fueran distinguidos y de buena familia como él, su presencia se desearia en todas partes: pero ya sabéis.....

Estas últimas palabras parecieron afectar de una manera muy desagradable á Mr. Pavelyn, porque interrumpió á la dama y quiso demostrar con un calor mal contenido que era honroso hasta el mas alto grado para un hombre el elevarse con sus propias fuerzas sobre la mul-

titud, terminando como de costumbre, lisongeándose de que él haria de mí un artista ilustre, por mas que fuese solo el hijo de un pobre fabricante de zuecos.

La llama de la vergüenza cubrió mi frente y apreté los dientes con un movimiento nervioso, me sentí herido y humillado.

Cien veces Mr. Pavelyn habia recordado en presencia de sus amigos, que mi padre era solo un pobre aldeano: hablaba con buena intencion y no dejaba jamás de decir que él ponía todo su amor propio en hacer del hijo de su arrendador un hombre bien educado y un artista distinguido.

¿Por qué, pues, mi corazón sangraba ahora ante la revelacion de la profesion de mi padre? era la primera vez que yo sentia esta sensacion: asombróme á mí mismo el descubrimiento de mi amor propio, é hice un violento esfuerzo para dominar mi despecho.

Las palabras de Mr. Pavelyn no hicieron en las dos señoras el efecto que él esperaba: desde que supieron que yo era solamente su protegido, su rostro experimentó una repentina indiferencia, y alguna cosa mas ofensiva aun, y se apresuraron á llevar la conversacion sobre otro objeto, sin mirarme mas, y absolutamente como si no me hallase presente.

Mi sangre hervia en mi cerebro y estuve á punto de desvanecerme de dolor y de humillacion, ¿qué no habria yo dado por estar en aquel instante á cien leguas de Rosa! luchaba desesperadamente con mi orgullo herido, que se indignaba hasta contra mis bienhechores: pero al fin pude dominar mi emocion y que no se conociese lo que pasaba en mí.

Al cabo de un instante entraron dos caballeros y empezaron las mismas ceremonias: el temor de sufrir por segunda vez la misma humillacion me hizo temblar: bajo el pretexto de que me esperaban en otra parte, pedí á Mr.

Pavelyn el permiso de retirarme, prometiéndole volver al día siguiente.

El permiso me fué concedido porque, en efecto, yo estaba allí demás: pero Rosa me dijo que no volviera al día siguiente porque debía salir con su madre para hacer algunas visitas.

Tomé mi sombrero, y despues de saludar á todos, salí del salon.

Rosa sola me acompañó hasta la puerta: sin duda que yo debía agradecerle esta benévola atencion; pero mi política era tan ceremoniosa y su saludo—hasta la vista, Mr. Wolvenaer!—sonó tan friamente en mis oidos, que salí á la calle con la cabeza aturdida y el corazon destrozado.

Una multitud de pensamientos amargos me acosaba: sentí la imperiosa necesidad de estar solo para recogerme y aclarar mis ideas: mi dolor queria estallar en la calle: tenia pena en reprimir las lágrimas que llenaban mi corazon oprimido, y no bien hube abierto la puerta de mi cuarto, me dejé caer en una silla y prorumpí en acerbo llanto.

Largo tiempo estuve inmóvil y abrumado bajo el peso de amargas reflexiones: en fin, el desahogo de mi dolor trajo alguna lucidez á mi espíritu: comenzaba á reconocer mi inesplicable extravío y á acusarme de locura.

¿Qué habia yo esperado? ¿qué osaba pretender? no era Rosa amable conmigo? ¿qué derecho tenia de exigir ó desear mas? la posicion de mi padre, me habia hecho ruborizarme como una afrenta! mi corazon se habia rebelado contra mis bienhechores! era pues mi orgullo el que se hallaba herido! un amor propio culpable, habia arrojado de mi corazon el reconocimiento! habia olvidado las exhortaciones, de mi madre! tenia vergüenza de mi humilde nacimiento, y me habia atrevido á creer que la igualdad y la familiaridad continuarian existiendo entre el pobre

protegido, y la hija de sus bienhechores! ¡cuán insensato era! demasiado lo conocia entónces! entre ella y yo, no solamente habia el nacimiento, sino el beneficio, es decir, todo un mundo de distancia!

Bajo la influencia de estos tristes pensamientos, me levanté bruscamente, y me puse á pasear por mi cuarto, á pasos desiguales; tenia miedo de mí mismo, y me heria la frente con amargura: la orgullosa presuncion que habia descubierto en mí, me parecia horrible y las lágrimas que brotaban de mis ojos, tenian su origen en la rabia ciega que sentia contra mí mismo.

Esta agitacion se calmó tambien; entonces me pregunté qué habia hecho para ser juzgado con tanta severidad; ¿no tenia el mas profundo respeto y el mas sincero reconocimiento por mis bienhechores? Me sentia capaz de faltar nunca por una palabra, ni aun por mi pensamiento á lo que les debia? entonces exclamaba triunfante, y con una entera conviccion?

—No, nó! antes morir que desconocer jamás por orgullo ó ingratitud los beneficios recibidos! jamás, Jamás!

¿Os sonreís, caballero? ya adivino vuestros pensamientos: sospechais que mi emocion podia muy bien tener otra causa: que un sentimiento, mas egoista que la gratitud me habia hecho tan sensible en presencia de Rosa, y me habia hecho desear tan vivamente su estimacion y amistad; en una palabra, suponeis que yo amaba á Rosa, solamente porque era mujer y bella: mas os engañais, si el gérmen de semejante sentimiento estaba oculto en uno de los pliegues mas secretos de mi corazon, como los acontecimientos futuros lo demostraron, á esta época, dormia aun ignorado hasta de mí mismo, y su existencia influia tan poco en mis ideas, que durante aquel doloroso exámen de mi alma en el que habia probado á sondear todos los secretos de mi emocion, no habia ni sospechado ni temido la presencia de semejante sentimiento.

En fin, consideré mi posición con mas calma, y acabé por burlarme de mí mismo, como de un espíritu sencillito é ingenuo que se habia formado un mundo con sus recuerdos y que prolongaba de una manera indefinida su dichosa infancia, sin ver que el tiempo habia hecho surgir la realidad de todos lados para disipar las ilusiones de aquel obstinado sueño.

Era, pues, natural que aquel desencanto repentino me hiciera daño; pero el golpe no podia repetirse: la venda habia caido y en adelante yo veria las cosas á la luz de la razón, segun debia verlas un adolescente que era casi un hombre.

Por conclusion de estas reflexiones resolví, con una notable tranquilidad de espíritu, conducirme con mis bienhechores como si no hubiera entre ellos y yo otros lazos que sus beneficios y aceptar mi suerte tal como me la presentaba la bondad de Dios y su generosidad.

XIV

DESDE aquel dia Rosa fué igualmente benévola para mí y yo me hallaba contento del afecto que me demostraba; mas apesar de la resolución que yo habia tomado de desechar sueños raros, alguna cosa faltaba á mi dicha: una inquietud secreta descendia como una niebla á mi espíritu: el sentimiento del deber me daba fuerza para ocultar á los ojos de Rosa y de sus padres esa melancolía que me devoraba, pero no de dominarla enteramente.

La amistad que Rosa me demostraba y nuestras conversaciones mas íntimas, no se separaban jamás de las reglas de la mas estricta conveniencia: nunca pronunciaba ella mi nombre, sin añadir la palabra ceremoniosa de *monsieur*; su lenguaje, siempre afable, estaba lleno de una política demasiado estudiada para ser nunca familiar.

En cuanto á mí, que me habia condenado al respeto y á la deferencia, y me habia hecho una ley de no pasar mas adelante, es fácil comprender que su ejemplo me imponia la mas grande reserva.

La consecuencia de nuestra posición respectiva fué que no me sentia con deseo de ir á casa de mis bienhechores, fuera de las ocasiones en que el deber me lo mandaba: en cambio me ocupaba mas de mi estatua, que me representaba la verdadera, la sencilla, la dulce Rosa y que me de-